

## JUVENAL Y EL PROBLEMA DE LA CREACION LITERARIA (\*)

RECUERDE el alma dormida,  
avive el seso y despierte  
contemplando  
cómo se pasa la vida,  
cómo se viene la muerte  
tan callando.  
Cuán presto se va el placer,  
cómo después de acordado da dolor,  
cómo, a nuestro parecer,  
cualquiera tiempo pasado  
fué mejor.

“Cómo a nuestro parecer, cualquiera tiempo pasado fué mejor”.  
Para verificar el aserto, os invito —señoras y señores— a dejar la miseria de los días y a que nos traslademos en alas de la imagen, de la fantasía, de la historia, a la ciudad brillante, a la Roma de los Césares, en donde, por cierto, el fraile tenía distinta sotana y el perro distinto collar.

He aquí que Roma ha conquistado el universo y es ahora la metropolis, es decir, la ciudad que impone la norma; a la paz de Augusto, ha seguido el “orden” —entre comillas— de quienes le sucedieron. La capital del mundo es un hervidero de gentes de todas las latitudes y esto, naturalmente, se refleja en la literatura. Hasta entonces, todos los autores han sido romanos o por lo menos italianos romanizados. Había sólo dos bandos —ambos imbuidos de romanismo—: romanos y provincianos. Sus rivalidades, en el fondo sin acritud, son

---

(\*) Versión taquigráfica de la conferencia pronunciada en la Sociedad Argentina de Escritores de Bs. As., en octubre de 1949.

más bien diferencias de matiz; Cicerón, un provinciano completamente romanizado, las señala al hablar de la “urbanitas”, palabra de difícil traducción, que nada tiene que ver —o poco— con la urbanidad, y equivale al aticismo, de los griegos, o a la “politesses” de los franceses del s. XVII y se hacía notar por contraste con la especial entonación del latín que tenían los provincianos y que a Cicerón —snob y advenedizo, aunque grande— le parecía poco “distinguida”. Pero el hecho de que todos fueran, al fin de cuentas, romanos, les daba ese particular amor y gusto del terruño, que se paladea en la literatura de la república. A partir del siglo de Augusto, los extranjeros, los hijos de los vencidos, hacen su entrada en la literatura latina al par que en la ciudad y hasta en el Senado. El ritmo aumenta en la época de Tiberio y coincide con la decadencia de la literatura que se nota al través de toda la época imperial (los nombres de un Tácito, un Séneca o un Juvenal, no alcanzan a cubrir un espacio de tiempo tan dilatado). Llegan gentes de todos los países: de España, de Galia, de Bretaña, hasta de Africa y Asia. Cada raza aporta sus propias aptitudes y, sobre todo, sus defectos; los españoles su énfasis de trompeta, los galos su frivolidad charlera, los africanos su extravagancia atormentada. La verdad, es que se destacan los españoles: basta citar los nombres de Séneca, Lucano, Quintiliana y Marcial.

El medio político y social no es, en absoluto, favorable al desarrollo de las letras. En la cúspide del poder, reinan los locos, los imbéciles, las prostitutas y los monstruos. Si hay quien crea que “un Augusto puede fácilmente fabricar Virgilio”, es evidente que un Nerón puede estrangular en su cuna a los Virgilio y a los Cicerones. (Sabemos, como dato concreto, que condenó a Séneca, a Lucano y a Petronio). Se hace sospechosa toda historia que elogia las instituciones de la República; toda tragedia que contenga versos susceptibles de volverse contra el gobierno; toda filosofía independiente de la *doctrina* oficial. Reina la mordaza: lo que queda, se salva recurriendo a la adulación: Veleyo y Valerio Máximo elogian

la "sabiduría" de Tiberio; Quintiliano, celebra el talento poético de Domiciano, en tanto que Estacio y Marcial lo colocan por encima de Júpiter. El poder imperial se hacía así doblemente culpable: de la muerte de los mejores y de la baja de los demás. Los escritores anteriores, lo comprobamos, han expresado el alma nacional; pero esto ya no puede hacerse pues todas las fuentes de inspiración han sido cegadas: la pasión política es imposible, puesto que uno solo gobierna; y tan mal lo hace que el entusiasmo patriótico es ya también imposible y a nadie conmueve; la filosofía no tiene voz, porque el gobierno "fuerte" tiene miedo. El arte, pues, se encierra en sí mismo, como el caracol, y se retuerce en su cáscara, sofisticado. Las excepciones se manifiestan por oposición (Séneca, Persio, Lucano, Juvenal) o cuando los monstruos ceden la plaza a los nobles emperadores Trajano y Hadriano (Plinio, Tácito).

Los hombres de letras de esta época por otra parte, tienen que soportar la desventaja, que reside en el mero hecho de haber llegado "después" de los grandes. No pueden olvidar las obras maestras: la erudición los carecome; y así, sólo pueden imitar (a Virgilio, a Ovidio, a Horacio, a Cicerón), o bien reaccionar, distinguiéndose de ellos a toda costa (Lucano contra Virgilio; Juvenal contra Estacio; Séneca contra Cicerón). Todos, sin embargo, llegan al mismo resultado: al exceso de sutileza —partirían un pelo a lo largo y en cuatro—, a la sotificación, a la inútil complicación de una trama extravagante. Los giros de la frase han de ser imprevistos, la sintaxis ha de ser torturada, el preciosismo es querido, buscado y logrado. Hasta los lectores se contagian, a veces, y admiran más una frase ingeniosa, que una obra total; un giro inesperado que una concepción grandiosa. Poco importan ya las ideas y los sentimientos, de modo que tampoco se hace necesario tenerlos.

En cuanto al lenguaje, puesto que el objetivo del artista es disfrazar y torturar la expresión del pensamiento, debe renovar la lengua a toda costa: tomando palabras del habla del populacho, o de la jerga de los oficios, o del griego —que

está de moda—; inventando neologismos innecesarios, acumulando términos abstractos o sacados del vocabulario filológico; usando perifrasis para reemplazar a la palabra llana y concreta. El literato siente terror de caer en una construcción trivial de su frase: no le importa lo que dice, sino cómo lo dice. Toda la originalidad está en la forma: de ahí el preciosismo. Es como si el literato se propusiese el problema de su propia expresión de la siguiente manera: “*No tengo nada que decir: ¿cómo lo diré?*”. El estilo ha de ser, pues, culto y exquisito: se toma una idea ingeniosa, se la desarrolla, se la repite, se la invierte, se la comprime, y al fin se llega a una de esas frases concisas como fórmulas, agudas como epigramas, oscuras como enigmas.

Y ni que decir tiene que, muchas veces, el juego de ideas es un simple juego de palabras. Estos defectos nacieron en las escuelas de retórica pero no quedaron confinados en ellas, sino que imprimieron su huella en todos los escritores de la época imperial. Las “*suaesoriae*” y las “*controversiae*” de Séneca el Viejo, son ejemplo elocuentísimo. Estos debates ficticios introducidos en la época de Cicerón, dice un autor, “constituyen por sí solos la mitad de la elocuencia y las tres cuartas partes de la educación”. Es indudable que, como medio de aprendizaje para los oradores, pudo ser excelente, pero fué tomado como fin: la declamación se efectuaba para el triunfo personal del declamador y no para convencer a nadie de la bondad de una causa; el rétor que alega en favor de un Parrasius, por ejemplo, muerto hace 400 años, es lógico que se apasione más por él mismo que por su defendido que ya no lo ha menester; pero en la época imperial, sólo este tipo de oratoria imaginaria puede hacerse sin riesgos. La educación pues, más las condiciones imperantes, imponían las declamaciones. Recordemos que Tácito declamó hasta los 30 años, y Juvenal —por su gusto— hasta los 40. Todos son “declamadores”, y la palabra ha de tomarse al pie de la letra.

¡Declaman!, mientras el monstruo imperial se ceba en sus víctimas!

¿Y el público? A falta de otra cosa, murmura, cuchichea, gruñe, grita, chismotea, se queja, aplaude, viva, mata, muere. ¿Qué ha pasado en Cumas? ¿Ha llegado un nuncio desde las Galias? ¿Qué sucede en Nápoles, en Benevento, en Tréveris, en Sicilia? ¿Se ha sacrificado a Burro y a Séneca para elevar a Tigelino? ¿Qué se sabe del complot contra Nerón? El público está ávido de noticias, de las últimas noticias, es decir, de verdades. Quiere saber lo que pasa, además de la vida. Y a este público, ávido del hecho menudo, las declamaciones le ofrecen vacuidades, en precioso estilo, causas fantásticas, crímenes problemáticos, sentimientos sofisticados. Porque los declamadores tienen su mundito aparte, su pecera. En algunos, —Séneca, Tácito, Juvenal— la experiencia, la reflexión, los hechos y, naturalmente, el talento, les hace corregir los errores de su formación intelectual. Si nada les ha pasado sino la vida, si nada han visto sino el mundo, ellos están dispuestos a reflejar ese poco que les ha pasado, ese poco que han visto: nada menos que la vida y el mundo. Los demás, se anegan en las oscuridades de su propia tinta.

Cuando Asino Pollión, pálido émulo de Cicerón y de Tito Livio, introdujo la moda de las lecturas públicas, supo hacerlo en el momento propicio: Roma se aburría. Asinio, para hacerse notar, decidió leer sus obras en público y éste, acogió entusiasmado la novedad. La moda cundió. En la época imperial, ésta era una de las pocas diversiones “civilizadas” que le quedaban a los ciudadanos cultos. Era elegante asistir, puesto que hasta los grandes señores escribían versos y gustaban de hacerse escuchar. Era, además, un placer bastante económico. Así, pues, de la vanidad de un “Asinus”, del aburrimiento de un público snob y del gusto meridional por la sonoridad de las palabras, nació esta moda que Plinio el joven nos describe como una brillante fiesta mundana, en tanto que Persio y Juvenal se mofan y la pintan en forma burlesca.

El declamador comenzaba por adornar su sala. Si pobre, encuentra amigos benévolos a quienes suplica que lo ven-

gan a aplaudir; si rico, el público de su círculo acude en masa: sus familiares, sus amigos, sus aduladores, sus deudores, sin contar con la "claque" pagada. Cuando la sala está llena, el declamador hace su entrada con cierta solemnidad y con el máximo de elegancia que le es alcanzable. Ha vestido una bella toga blanca, especial para la ocasión; se ha peinado cuidadosamente; ha llenado sus dedos de sortijas relampagueantes. Al alcance de la mano, un vaso contiene un brebaje para aclarar la voz; bebe, tose, y ante el silencio y la expectativa, comienza a hablar. O mejor dicho, comienza a leer. Versos, historias, alegatos, cualquier cosa. Todo es bueno puesto que todo se escucha, hasta la filosofía. Sólo los maleducados *se atreven* a bostezar <sup>(1)</sup>, sólo los groseros *se deciden* a abandonar la sala en medio de la perorata: el declamador los fulmina con una mirada iracunda o displicente, y al final al público no le queda sino aplaudir: "plaudite cives"; el público romano de la época imperial está acostumbrado; tiene una absoluta libertad para aplaudir (es lo que hoy llamaríamos "crítica constructiva"). Si la lectura ha tenido éxito, el autor la repite ante otro auditorio; puede también, traducirla al griego: en toda reunión elegante se habla fluyentemente el griego, y la verdad es, que, para lo que hay que decir en ese tipo de reuniones, poco importa la lengua en que se lo diga. Lo malo del caso, es que las obras se escribían *para* ser declamadas. Es razonable, desde luego, que la declamación se encare como declamación: me parece utópico, es decir, fuera de lugar, leer al público un sesudo cuanto oburrado *estudio* erudito, que bien puede publicarse. Pero cuando la obra que se publica, ha sido escrita teniendo unicamente en cuenta su sonoridad u otras virtudes de la palabra oral, es evidente que la calidad perdurable de la cosa se resiente. El público de las lecturas públicas es demasiado restringido, e impone, casi siempre, a sus favoritos, el gusto de lo insípido, de lo quintaesenciado, de lo "bonito". Fué lo que hicieron los alejandrinos. En este medio

---

(1) PLINIO, Ep. I, 13.

sofisticado, no tiene cabida el gran soplo de la elocuencia y de la pasión: si el orador es demasiado fogoso, parece mal educado; si demasiado vigoroso, parece brutal; si muy personal, resulta embarazoso. El declamador no debe hablar de sí, y si lo hace, debe disimular y no pronunciar jamás el *ego*, “*le moi haïssable*” (claro que esta frase se decía entonces en griego). Y así, por evitar el yo personal, se blande el yo colectivo: el egoísmo colectivo —mucho peor y menos humano— suplanta al egoísmo individual, mucho más natural. Y del yo colectivo a la masa, no hay sino un paso, y de la masa al tirano, sólo otro paso; porque lo primero que hacen los que tienen alma de esclavos, es usar de su libertad para nombrarse un amo. De modo que por las lecturas públicas la sofisticación se expande; las salas de lectura están demasiado encerradas: falta el aire, no entra el sol, y las plantas sin sol no florecen o dan flores endebles.

En cuanto al público, restringido, es un público culto y hasta erudito. Le encanta encontrar en las obras que se le ofrecen, reminiscencias de las que ya conoce y admira. Va a que le digan lo que espera oír. No le gusta que lo sorprendan. Y como en una lectura en alta voz no se capta, generalmente, el plan de la obra, terminan por importar más los detalles que el conjunto. Una gran obra suele serlo por la grandeza de la concepción: éstas son las que resisten victoriosas los embate del tiempo, aún cuando, a veces, están plagadas de defectos formales o de detalle. Otras, en cambio, se hacen admirar por frases sueltas, por sentencias, por rebuscamientos sintácticos, por hallazgos epigramáticos, por epítetos sorprendentes, que pueden, desde luego, ser simples traducciones de otro idioma; pero la concepción carece de grandeza y hasta de humanidad. La extravagancia reemplaza a la naturalidad. ¿Ideas? ¿Sentimientos? La gente está ya demasiado refinada para semejante vulgaridad. La profundidad es casi una impertinencia, o, en todo caso, muy poco elegante. El público imponía un tipo de literatura, y los literatos le brindaban la literatura que pedía y merecía.

En este medio, pues, político y social —señoras y señores— actúa nuestro Juvenal. Y todo ello lo vemos reflejado en su obra. Pero he aquí que el hombre tiene esa cosa rara que se llama talento, y sabe que con meras palabras no puede hacerse obra que dure; y que, si es necesario combinarlas armónicamente en razón del arte, es indispensable que expresen algo: la vida; que capten algo: la realidad. Y al todo ha de imprimirle su sello personal, porque en todos los lugares y en todos los tiempos, lo que existe es el HOMBRE. En sus primeras sátiras <sup>(2)</sup>, Juvenal capta el instante fugaz de la vida romana que refleja como un espejo: sin ruborizarse de lo que le ponen por delante, y, al mismo tiempo, capta al hombre de entonces, que es el de siempre, con sus miserias de fango y sus sublimidades de estrellas. En sus últimas sátiras <sup>(3)</sup>, Juvenal rinde tributo a la retórica y a las declamaciones; pero aún en ellas, viejo ya, se siente su aliento y vibra su voz de otrora, cada vez que enfoca un hecho concreto, o un personaje histórico que, para Juvenal, es siempre de carne y hueso.

Os invito pues, a que con la guía de este Virgilio vigoroso y rotundo, nos internemos por las calles de este infierno, o de este purgatorio, o de este paraíso —¿por qué no?— que es para algunos la Roma imperial. “Todo lo que agita a los hombres: votos, temores, cólera, voluptuosidad, alegría, intrigas, todo se mezclará en mi libro” —dice Juvenal—. Se propuso abarcar a Roma en sus sátiras y lo logró; ahora nosotros, al través de sus sátiras, tratemos de recuperar a Roma.

He aquí que en la ciudad brillante, en medio de todas las abstracciones deificadas (Paz, Fidelidad, Virtud, Victoria, etc. ), sólo la riqueza, verdadera diosa de Roma, carece de templo; mas para ella no hay ateos. El vil interés, la vanidad, el fraude, la pequeña trampa, el culto al dinero, reinan en Roma. Juvenal cree que “las generaciones futuras nada agregarán a sus depravaciones” y que, por lo tanto, la sátira no ten-

---

(2) I a IX y XI.

(3) X, XII a XVI.

drá jamás una materia tan viviente en donde ejercitarse. (No se equivocaba: Hoy, en efecto, la vanidad ya no existe, el interés no rompe el saco, “la era del fraude ha terminado”, la pequeña trampa no funciona, y la riqueza nada importa; al vicio ha sucedido la virtud, y vivimos en el mejor de los mundos). Pero este rico programa que se propone Juvenal, presenta dos dificultades: la primera es saber si tendrá el poeta talento suficiente para trabajo tan amplio (la solución es clara: “Si natura negat, facit indignatio versum”); la segunda se deriva de las circunstancias políticas, que hacen peligrosa la franqueza de un Lucilio (“Pinta a un Tigelino —dice Juvenal— y arderás como antorcha viviente”). La ciudad está llena de delatores y cualquiera puede ser acusado de meditar un atentado contra el César. ¿No es mejor, acaso, hablar de temas inofensivos, como las peregrinaciones de Eneas —por ejemplo— o la muerte de Aquiles? En todo caso, la prudencia aconseja no atacar sino a aquellos cuyas cenizas reposan a lo largo de las vías Flaminia y Latina.

Y ahora —señores— ¡¡entremos a Roma!!

Juvenal a fuer de cliente, se levanta temprano, reviste la pesada e incómoda veste de ceremonia (toga) y sale de su casa para la “saludatio” a su patrón, a quien llama “dominus” y “rex”. Este lo espera en el atrio. La devoción del cliente, naturalmente, se paga: una invitación para almorzar, un manto, un regalo en dinero, un lote de tierra y, como cosa fija, la “*sportula*” (25 ases) cantidad ínfima, pero bien onerosa, al fin de cuentas, para el patrón. Los clientes ríndele menudos servicios y halagan su vanidad: lo ayudan en el momento de las elecciones, forman su cortejo cuando sale a pie, en silla de brazos o en litera, lo acompañan a los baños, le abren paso entre la turbamulta. En el atrio, un esclavo revisa cuidadosamente a los clientes, con el objeto de que nadie exija su *sportula* bajo nombre supuesto. El pregonero va llamándolos uno a uno. Entre ellos se encuentran los descendientes mismos de los troyanos, nobles empobrecidos y hasta magistrados, amén de los ricos libertos que visitan cotidianamente a su

antiguo amo y embolsan la *sportula* sin falsa vergüenza. *Primerero al pretor, luego al tribuno!* dice el pregonero tratando de establecer un orden jerárquico; pero he aquí que un liberto pasa el primero: “Yo primero, pues, aunque nacido en las riberas del Eufrates y aunque las perforaciones voluptuosamente abiertas en mis orejas me delaten como tal, *mis cinco tiendas me han dado los 400.000 sextercios* que me hacen caballero. Yo tengo más dinero que Pallas y que los Licini”. Por lo tanto, el tribuno esperará y cederá su turno a la opulencia. En cuanto a los clientes pobres, ellos han de tener paciencia: si los más altos magistrados acrecen sus rentas con lo que les produce la *sportula*, los que dependen de ella para comprar su toga, su calzado, su pan y hasta la leña para sus hogares, no pueden darse el lujo de despreciarla. Formarán, pacientemente en la cola, y hasta pondrán en juego su astucia, haciendo que su mujer reclame la *sportula* también en su nombre; alguno que otro, usa de una conocida estratagema: se hace seguir por una litera *vacía y cerrada* con sus cortinas, diciendo “—Es Galla, mi mujer”, no me tenéis confianza? Galla! Saca fuera la cabeza... Por favor, no la molestéis, la pobre está fatigada, duerme” —. Una vez cobrada la *sportula*, y como la ansiada invitación a almorzar no llega, el cliente se retira a calentar su repollo, mientras la boca se le hace agua pensando en el jabalí que, solo, ha de devorar su patrón. A veces, la invitación a almorzar se produce, pero entonces hay dos clases de viandas: si Virrón, el amo, come langosta con la cola realzada de espárragos, y bebe con sus amigos los mejores vinos, al cliente se le sirve un langostino sobre medio huevo duro: plato digno de una ofrenda funeraria.

En la calle nos encontramos con Umbricius, amigo de Juvenal, que le comunica su decisión de abandonar a Roma, puesto que la ciudad se ha hecho inhabitable para un hombre de honor que carezca de dinero. Tiene el propósito de fijarse en Cumas (Campania). Mientras se carga su modesto bagaje, Umbricius desciende con Juvenal al valle de la ninfa Egeria

—la inspiradora del rey Numa— cerca de la puerta Capena, sobre la Vía Apia, y allí le explica sus motivos.

¡Ah, las cualidades morales son un verdadero estorbo cotidiano! El amigo Umbricius, nos cuenta sus vicisitudes, en momentos en que su patrimonio merma y se acrece el de los advenedizos que ejercen cualquier oficio por bajo o vil que sea, comenzando por la *profesión* se adular a los poderosos. Umbricius, el pobre, no sabe mentir, ni engañar a nadie prediciéndole su grandeza por medio de la astrología, tampoco sirve para alcahuete. Lo que en verdad más le molesta, son sus escrúpulos de conciencia, que le impiden hacer “*de todo*”. Por otra parte, ha de soportarse la competencia ruinosa de los griegos, indudablemente más hábiles. Un griego es un hombre que sirve para todo: gramático, rétor, geómetra, pintor, masajista, augur, equilibrista, médico, mago: un griego hambriento sabe todos los oficios: si le llamáis que suba hasta el cielo, subirá; no en balde fué griego, nacido en plena Atenas, quien se puso alas y voló: no fué por cierto un mauritano, ni un sármato, ni un tracio. Los griegos, son, además, maravillosamente hábiles para la adulación: alaban *el estilo* de un ignorante, la figura de un amigo deforme, la voz de quien parece un gallo que chilla requiriendo a su gallina. No un griego, la Grecia toda es comediante: si reís, estalla de risa; si llorais, llora sin penas; si hace frío y pedís fuego, ellos pedirán su manto; si decís que hace calor, ellos comenzarán a sudar. Y con qué alharacas aplauden al amigo que ha sabido eructar, orinar o defecar en forma vigorosa. El pobre Umbricius ni siquiera sabe alabar un libro que le parece malo y su trabajo es de los muy mal pagados en Roma, puesto que tampoco pertenece a la canalla, que tiene asegurado su pan y sus juegos.

La insolencia de los nuevo-ricos todo lo invade: Roma está repleta de esa mísera gente venida a más. Muchos libertos han hecho fortuna y se han introducido en la corte imperial (son los “*Cesariani*”). Bajo Nerón, un Policeto, un Helius, un Doryforus, ejercen libremente sus rapiñas y sus crueldades.

Ostentosamente hacen gala de su lujo y de sus riquezas acumuladas en corto plazo, con sucios menesteres. En la calle pululan sus lujosísimas literas.

Las calles romanas fermentan de gente que se apiña. La multitud se codea y entrechoca en las más estrechas. La turba que precede el paso de Umbricius, impide su prisa, y la ola humana que lo sigue comprime sus riñones. Uno le da un codazo, otro lo golpea con una viga, otro con un jarro metálico; sus piernas están llenas de lodo: un tremendo pisotón lo convierte en un saltaperico; un clavo se le incrusta en el pulgar y he aquí que su túnica, que acaba de ser remendada, está otra vez en jirones. Repentinamente, una carreta que trae un cargamento de mármoles de Liguria vuelca, y un peatón queda aplastado bajo los ricos bloques. Por ende, de las ventanas de las casas lueven los objetos duros sobre las cabezas, de modo que el pasante ha de darse por muy bien servido si sólo le ha tocado en suerte el contenido de una sucia jofaina.

Lo peor, es que, en medio de este fasto de los venidos a más, todos encuentran motivo de chanza si una *lacerna* (manto que se fijaba al hombro derecho con un broche) está sucia o desgarrada, una toga desplanchada, si bosteza el cuero de un zapato reventado, o las múltiples cicatrices dejan ver el hilo grueso con el cual los desgarrones acaban de ser remendados. Lo más duro que tiene la pobreza, dice Juvenal, es que hace a los hombres ridículos. Para colmo, en Roma todo cuesta carísimo: el miserable alojamiento, la panza de los esclavos, la comida frugal. ¡Y lo que cuesta una toga! (4). Pero como es necesario aparentar, se pide prestado al vecino y así todos viven en una ostentosa pobreza. Porque en Roma todo tiene su precio (“*Omnia Romae cum pretio*”).

Otro motivo de sobresalto son los incendios y los derrumbamientos, que provocan la escasez de la vivienda y la carestía de los alquileres. Se impone salir de Roma, hacia las afueras —a Sora, a Fabrateria, a Frusino— donde por lo me-

---

(4) v. 180.

nos hay la probabilidad de disfrutar de un pequeño jardín; pero para ello hay que tener la fuerza necesaria para arrancarse a los juegos del circo. El que se va, se librará además de los ruidos molestos que aumentan sin cesar; de la turbamulta que se apretuja y forma colas en las calles estrechas y de las patotas de borrachos, siempre dispuestos a armar broncas sin motivo.

ROMA es una ciudad bella, sí: Suetonio anota cuán legítimo era el orgullo de Augusto cuando decía: “Recibí una ciudad de piedra y os la dejaré de mármol; y todos los príncipes —muy especialmente Nerón— habían contribuido a su embellecimiento. Aparece como una ciudad de lujo, con palacios y bellos jardines; pero el atento observador que se aparta de los barrios ricos, constata que la inmensa mayoría de la población vive miserablemente.

Los palacios por otra parte, ya no pertenecen a los nobles de viejo cuño, sino que están ocupados por funcionarios del Palatino, ostentosos de su lujo insolente. Roma era una ciudad superpoblada, no solo por el aflujo de extranjeros que le venían de los cuatro puntos cardinales, sino por la falta de medios de transporte rápidos y económicos, que hubiesen permitido a los pobres desplazarse hacia la periferia. Quienes no disponían de yacijas en los anejos de alguna “taberna”, se apiñaban en las *insulae* (casas de varios pisos). Pero aquí la vida no es tampoco demasiado placentera: a los continuos derrumbamientos hay que añadir la especulación de los locadores y sublocadores, que alquilan y subalquilan incesantemente, aprovechando la escasez de vivienda para subir los precios iniciales. La escasez de vivienda, se agrava por los frecuentes incendios y por el método de los bomberos que consiste en derribar los inmuebles de los lados, con el objeto de evitar la propagación del fuego.

Otro flagelo, y no el menor, lo constituyen los *ruidos molestos*. Dormir es casi imposible en Roma, a menos que la casa en que uno habita esté rodeada por un gran jardín. En los departamentos alquilados, el bullicio es incesante: sube de la

calle y se mete en las habitaciones. El insomnio es la principal causa, —dice Juvenal— de las enfermedades que padecen los romanos. El estrépito de los carruajes en las sinuosidades de las calles estrechas y los juramentos, a gritos, de los muleros que no pueden avanzar, quitarían el sueño al propio emperador Claudio ¡a él, que se dormía en las sobremesas del Palatino y que no sentía cuando Mesalina se deslizaba furtivamente de su lecho en marcha hacia el lupanar!

Pero el peligro mayor, para los transeuntes, son las patotas de muchachones borrachos que buscan pendencia. De seguro los bárbaros sajones ya son fuertes bebedores y la ebriedad los invade con facilidad: pero su vino es alegre y se traduce en cantos y en coros. Los latinos tienen un mal vino, y la patota de borrachos, sólo cree que se divierte cuando ataca, especialmente si el caminante es de pequeña talla y está indefenso. Si un ebrio no ha roto aún los huesos a nadie, es víctima de un torcedor remordimiento. Pero el borracho romano no lo está tanto como para atacar a quien lleva un manto de púrpura o una numerosa escolta con multitud de antorchas. Ha de elegir como presa predilecta al bueno de Umbricius, a quien sólo la luna indica el camino de su casa o, en todo caso, una lámpara cuya mecha ha de regular con economía. Y no son sólo los borrachos: es bien posible que el transeunte se encuentre en lo oscuro con el ladrón o con el asesino armado de su cuchillo, puesto que los guardias están sólo para cumplir los deseos del déspota y para sofocar las “conspiraciones” verdaderas o supuestas con fines de purga política.

Pero como somos gente de letras, lo mejor que podemos hacer en Roma es entrar en una librería. El traje moderno nos hace tan insignificantes, que seremos prácticamente invisibles. Estamos en pleno VICUS TUSCUS, una de las calles más comerciales de Roma. El comercio de libros es bastante floreciente. Desde la época de Augusto las librerías tienen una nutrida clientela y quienes se interesan por las letras se reúnen allí para echar un vistazo a la más reciente producción y para conversar sobre literatura y arte. Nuestra librería del VICUS TUS-

CUS, está hoy muy concurrida: entre los compradores conversan, gesticulando, varias personas vinculadas al oficio: el editor TRIFON, el conocido poeta MARCIAL —ya hacia el fin de su carrera—, nuestro JUVENAL que aún no ha comenzado a escribir sus sátiras y es sólo conocido como declamador, los editores VALERIANUS y ATRECTUS; en fin, varios poetas jóvenes pálidamente enamorados. La conversación es animada. ¿De qué hablan? ¿De arte? ¿De literatura? —No: de dinero. Esto sin embargo, el amor al arte es tan fuerte, que los artistas continúan escribiendo por una costumbre ambiciosa y malsana, y en ello se les pasa la edad en que podrían dedicarse a otros oficios más productivos —a la mar, a las armas— mientras la vejez, que les invade el alma, se horroriza de sí misma y de Tersicore su musa (5). Juvenal afirma que para ser un verdadero poeta se necesita una libertad de espíritu, que la preocupación por el pan de cada día y por los asuntos domésticos paralizan indefectiblemente. Un viejo recuerda la época dorada de Augusto, cuando los grandes poetas estaban liberados de la carga de preocuparse por el sustento.

“—Oh, sí, Horacio estaba repleto cuando gritaba “Evohé”, asiente Juvenal; si Virgilio no hubiera tenido su esclavo y un habitáculo soportable, la Furia hubiese perdido todas las serpientes de su cabellera y la trompeta, muda, no hubiese hecho escuchar sus graves resonancias”.

Uno de los editores, dice que la cosa no es para tanto, y que debiera seguirse el ejemplo de Lucano, que amó sólo la gloria.

“—Lucano —replica Juvenal— entre los mármoles de sus jardines, podía contentarse con la gloria; pero la gloria es bien poco nutritiva”.

Tercia Marcial, para lamentarse de que sus padres hayan sido lo suficientemente cándidos como para hacerlo estudiar, cuando ve el éxito material de los tenderos, exaltados a las

---

(5) vv. 30-5.

más altas dignidades del imperio (6). Todo lo que recogerá el talento serán, pues, aplausos sonoros, pero estériles.

Un poeta joven, snob y ultra chic, recuerda una frase del imitado Petronio: *Amor ingenti divitem neminem fecit* (el amor al arte no ha enriquecido jamás a nadie. Sat. 83, 9). ¿Qué remedio habrá para esta situación? La solución de Marcial, es idéntica a la que propone Juvenal:

“—Si aparecen los mecenas, no faltarán los Horacios, ni los Virgilio” (7).

—¿Pero acaso no recibís algo por vuestras obras?, apunta el editor Trifón.

Aquí se arma una verdadera batahola. Todos hablan al mismo tiempo. Los escritores, y muy especialmente los poetas, acusan a los editores de enriquecerse con sus libros.

¿No es extraño que nadie hable de contratos con editores o de compromisos recíprocos? Pero he aquí que el librero sale de la trastienda y entrega a uno de los autores, cierto número de volúmenes destinados a sus mecenas. El poeta hace votos porque su protector le acuerde la esperada subvención; pero Juvenal lo interrumpe sarcástico, para recordar que todos los ricos ahora escriben y suelen contestar con versos a los versos. ¡Maldición! Interviene un joven descendiente de los troyanos, de cuna nobilísima, aunque cliente, para recordar a Juvenal que las grandes familias romanas no ejercen ya su papel tradicional de protectoras de las letras, por la sencilla razón de que están empobrecidas a causa de las confiscaciones y del especial cuidado que ponen los déspotas en diezmarlas y empobrecerlas.

Marcial, resuelve, en consecuencia, que si no a los nobles, solicitará a los libertos y demás gente venida a más, que llena la corte de Domiciano; y en fin, que está dispuesto a dirigir al propio emperador las más exorbitantes adulaciones. Todos recuerdan entonces a Estacio, el figurón, que acaba de

---

(6) Epigr. IX, 74.

(7) VIII, 56, 5.

componer una epopeya celebrando el imaginario “triumfo” de Domiciano sobre los cattiis. Ahora un joven imberbe lee varias poesías que Estacio ha hecho por encargo: felicitaciones, condolencias por la muerte de un esclavo, de un loro y de un elefante y todos ríen a costilla del figurón ausente.

Un editor recuerda a Marcial que debe dictar, en el día, a los escribas, el segundo libro de sus epigramas, que consta de más de 500 versos. Marcial le responde confiado que le basta una hora para esa tarea, y que el tiempo mayor no lo insume el dictado sino la corrección de las erratas de tantos ejemplares. Habrá entonces mucho que trabajar; el libro promete éxito, y la edición pasará de los 1000 ejemplares.

Sale Marcial, sale Juvenal, y con ellos se retiran casi todos los hombres de letras. Quedan entre los visitantes de la librería, algunos rétores y varios gramáticos: profesores y maestros de la juventud romana. ¡Se quejan de que no se les paga su sueldo! Su tarea es ingrata: están obligados a repetir lugares comunes y cosas para ellos requetesabidas, pero siempre hay padres que piensan que sus niños no progresan lo suficiente, y, naturalmente, echan toda la culpa al maestro, sin preocuparse en averiguar si su retoño posee un mínimum de inteligencia o de aplicación al estudio.

Los maestros suelen verse obligados a recurrir al pleito para obtener su salario de hambre. Cada vez que se trata de indemnizar a quienes tienen a su cargo la formación de la inteligencia de la juventud, aparece la mezquindad. Hay romanos que gastan 600.000 sextercios en construir baños privados, o un comedor de invierno con columnas de mármol de Numidia. Se paga muy bien a un cocinero, al que toca la cítara, a un buen “maître d’hotel”. Tiene razón Juvenal cuando afirma que “lo que cuesta más *barato* a un padre, es su hijo”.

Y para colmo, los muchachos son ruidosos, molestos y crueles como sólo la juventud lo es. Los maestros tienen también que lidiar contra la falta de respeto de sus alumnos; el

propio Quintiliano, “gloria de la toga romana” (8), ha dejado documentada su protesta contra la mala costumbre escolar de levantarse de sus asientos para felicitar, lo más ruidosamente posible, el camarada que acaba de dar remate a su declamación: el orden de la clase se alteraba y el bullicio era extremo.

—Me temo que no habrá remedio para el mal — dice un viejo gramático con resignación, y todos se quedan cabizbajos y meditabundos, mientras el sol se pone.

Pero ya es hora de cerrar la librería; salgamos: nos esperan los peligros de la calle.

“—Paso a la litera del noble Junius Montanus, requerido de urgencia por el gran Domiciano, nuestro señor y nuestro dios, para formar parte del Consilium principis”.

La enorme litera del ventrudo valido avanza dificultosamente entre la turba. Todas son conjeturas. ¿Qué pasa? ¿Se han sublevado las legiones? ¿Será algo referente a los Cattios o a los feroces Sicambros? ¿Habrá llegado desde los confines del universo algún angustioso despacho?

Estamos viviendo bajo la férula de Domiciano, que llegó al trono cargado de rencores, especialmente contra la antigua aristocracia romana, en quien sospechaba un cierto desprecio por los bajos orígenes de su familia. Como estuvo hasta la madurez apartado de los negocios públicos, tomó su revancha extendiendo su dominación mucho más allá de lo que los emperadores anteriores lo hicieron. No creía en la sinceridad de nadie. Su gobierno se caracterizaba por una voluntad perseverante de reducir y envilecer al Senado, para concentrar todo el poder en sus manos. Pero lejos de suprimir las prerrogativas del antiguo Cuerpo, fingía para los senadores la mayor deferencia mientras se arrogaba todas las iniciativas políticas y financieras que fueron del Senado. Lo convocaba, sí, y a menudo, pero para deliberar sobre futelezas. Para los

---

(8) MARCIAL, Epigr. II, 90.

asuntos delicados, sólo consultaba con un pequeño grupo de familiares (Consilium Principis). Recordemos, además, que el emperador es, también, un general, que tiene confianza en sus talentos de estratega y que hubiera anhelado encandilar a Roma con sus glorias. Por eso, en el 83 declaró la guerra a los germanos: al pueblo de los Cattios, el más cercano al Rin; y aunque volvió sin haber combatido y con su espada virgen, se hizo conferir los honores del triunfo. Claro que hubo quien dijo que los cautivos germanos que figuraron en su cortejo, no eran otra cosa que esclavos, comprados en el mercado y camuflados para la ocasión.

El emperador siempre trata de desmentir los rumores, que lo enfurecen. Y a enfurecerlo, contribuyen también, sus desazones íntimas: su esposa Domitia, con el atractivo de las candilejas, ha tomado por amante al famoso pantomimo Paris, y el emperador ya ha perdido toda esperanza de descendencia directa. Como todos los tiranos, su misantropía se acrecienta a medida que va envejeciendo y se muestra cada vez más dispuesto a liberar la ferocidad de sus instintos. Sus tres últimos años de gobierno son tres años de angustia y de terror. La delación es cosa corriente hasta en el seno de la familia; sobre todo la de los esclavos contra los amos y hasta la de los clientes contra sus patronos. Domiciano favorece, halaga e instruye a los delatores y falsos testigos. Y no sólo las supuestas conspiraciones son reprimidas con refinamientos de crueldad, sino que hasta los mismos chistes merecen castigo: el sentido del "humour" es una de las cosas que más molestan al gobierno. Todo sirve para desencadenar una acusación de lesa majestad que trae aparejada la muerte, la cárcel o el destierro y, sobre todo, la confiscación ya que —según Suetonio—, Domiciano es "*cruel por miedo y ávido por falta de dinero*". Naturalmente, el emperador inflige al Senado la tarea deshonrosa de pronunciar las condenas. Por su parte, paga magníficamente al ejército y a la guardia pretoriana, colmándola de *donativa* y de gratificaciones excepcionales,

de manera que forman en Roma una verdadera casta privilegiada (\*).

Ahora, pues, ha convocado al *Consilium Principis*. Pero escuchemos a Juvenal: es un poeta, pero hubiera podido ser un gran historiador; todos sus detalles encuentran apoyo en Suetonio, o en Tácito o en Dion Cassius. Juvenal interpreta la historia, la hace vivir, la anima; pone ante nuestros ojos a los actores. Jamás la deforma; ni siquiera con la exageración de los hechos reales.

Dejemos entonces, que él nos cuente, parodiando el estilo épico —propio para cantar las glorias del soldado— cómo se desarrolló este Consejo, convocado urgentemente por su señor y su dios:

Sucedió que un pescador había atrapado en sus redes un gigantesco rodaballo; y como todo lo que hay en los mares pertenece al fisco —según doctrina de ciertos asesores palatinos— el mísero se decide a llevarlo a Domiciano antes de que se lo quiten. Llega hasta el palacio de Alba, donde reside en ese momento el emperador, y él mismo presenta el pez a Domiciano. Es demasiado bello —dice— para la cocina de los simples ciudadanos... el pez mismo ha querido dejarse atrapar para la mesa del emperador. “Qué adulación tan grosera” —exclama Juvenal— y, sin embargo, al emperador se le pone tiesa la cresta de orgullo porque nada hay que no sea capaz de creer, cuando se lo alaba, un poder que iguala al de los dioses”.

He aquí que llegan los “grandes, odiados de Domiciano, cuya frente está siempre pálida por esta augusta y aterradora amistad. Al grito del Liburniano: —¡Aprisa, el príncipe está ya en sesión!, *Pegaso*, recogiendo su manto, llega el primero. También viene *Crispus*, amable anciano, de elocuencia paralela a su carácter y talento hecho de mansedumbre. ¿Qué consejero hubiera podido ser más útil si —mientras durara tan detestable azote— hubiese sido lícito condenar la cruel-

---

(\*) Suetonio - Tácito, *Vida de Agrícola*; Plinio Jov., Ep. IX, 12.

dad o dar una opinión honesta? Pero nada hay más irritable que la oreja de un tirano, con quien un amigo no puede hablar de la lluvia, del estío, de las tormentas primaverales, sin arriesgar su cabeza. Por eso jamás se vió a Crispus nadar contra corriente. No fué suficientemente audaz, como ciudadano, para reflejar su alma en sus discursos y sacrificar su vida a la verdad. Por eso pudo ver tantos inviernos y ochenta solsticios de verano: aún en corte tal, esas armas fueron su salvaguardia”.

El tercero que llega es *Acilius Glabrio*, acompañado de su hijo; Juvenal dedica un recuerdo emocionado a este joven, luego condenado a muerte por Domiciano, acusado de “ateísmo” (probablemente era cristiano). En la época de su consulado, el tirano lo había obligado a combatir contra un león en la arena de Alba <sup>(10)</sup>. Anota Juvenal: “Hace ya tiempo que es un verdadero fenómeno morir viejo cuando se es noble”. Continúa el desfile: *Rubrius*, que corrompió a Domiciano en su niñez, pero recibió mercedes en lugar de castigos; *Montanus*, retardado por su panza; *Crispinus*, que desde la mañana apesta a perfume de amonio; *Pompeyo*, capaz de hacer degollar a la gente con una palabrita secreteada; *Fuscus*, cuyas entrañas estaban reservadas a los buitres de Dacia; *Veientón* el circunspecto y *Catullo* el asesino... monstruo prodigioso, adulator, ciego y sin piedad.

Los consejeros, a cada lado del emperador, rodean al rodaballo. Uno de los que más se maravillan a la vista del pescado es, naturalmente, el ciego Catullo, que lanza sus exclamaciones hacia la izquierda mientras el rombo se halla a su derecha. Veientón no se queda atrás, y opina que ése es el presagio de un grande y memorable triunfo para el emperador. Pero Montanus, el gastrónomo, es quien da la opinión decisiva; Montanus ha conocido los banquetes de Nerón, abundantemente rociados de vino de Falerno: es un verdadero

---

<sup>(10)</sup> DION CASSIUS: LXVII, 13; SUETONIO: Domne. X; PLINIO Jov.: Ep. I, 14.

“gourmet”. Según Montanus, sería un imperdonable crimen cortar en pedazos un pez tan magnífico; si no la hay, lo mejor será fabricar con urgencia una fuente lo suficientemente profunda como para que lo contenga entero; y que, en adelante, varios alfareros olleros sean agregados a la corte, para que nada análogo pueda volver a ocurrir.

“Todos se levantan: el consejo ha terminado. Se hace salir a los Grandes que el “Dux Magnus”, el ilustre general, convocó en su alto palacio albano”.

Y una reflexión del poeta, da remate a esta obra maestra en donde sólo se retrata a los hombres y se deja hablar a los hechos:

“Pluguiera a los Dioses —dice— que hubiese consagrado a tales nimiedades el espantoso tiempo que usó para privar a Roma de vidas ilustres y famosas.”

Nosotros hemos respirado la atmósfera de terror, delación, servilismo y baja, que se registró en Roma hasta el fin, cruento, del déspota.

Hemos visto hasta ahora, cómo Juvenal capta el presente, el que tiene ante sus narices, la realidad de las cosas, Roma su ciudad y su mundo. Hemos visto también cómo nos presenta la historia, esa otra forma de realidad que pertenece al pasado, y que él hacía revivir en forma tan animada. De esta manera ha escrito las dos terceras partes de sus sátiras<sup>(11)</sup>. Queda una segunda manera de la creación literaria: el hombre ya no se pone directamente frente a la realidad, sino que se encierra en su gabinete para *imaginar cosas* y escribir al dictado de su fantasía. Muchos artistas exquisitos han procedido de esta segunda manera, pero la obra de arte resultante se resiente de lo que le falta: el aire; porque la realidad —amigos— es más fantástica que la más desenfadada fantasía. En tiempos de Juvenal, la manera propia del gabinete, era el desenvolvimiento literario de los lugares comunes de la

---

(11) Ia. VII; IX, XI.

retórica; las generalidades elocuentes y artísticas, reemplazan al realismo verídico.

El sesudo y eruditísimo Otto Ribbeck, publicó en 1865 un prolijo y documentado estudio que se titulaba "Der echte und der unechte Juvenal" (como si dijéramos, el Juvenal genuino y el apócrifo) en el cual sólo acepta como auténticas, las nueve primeras sátiras y la oncena; es decir, aquellas en que el artista ejerce su observación directamente frente a las cosas. Las demás son, a su juicio, apócrifas. Pero otros sesudos eruditos europeos han contestado al sesudo Ribbeck y demostrado plenamente que las sátiras apócrifas no son apócrifas, sino auténtiquísimas. Con lo que volvemos otra vez, a fojas uno. Allá ellos.

Yo, como simple lector, digo que estas últimas composiciones, no son solamente de Juvenal, sino que merecen serlo. Es verdad que desenvuelven —a veces brillantemente— lugares comunes de retórica: pero Juvenal fué, hasta los 40 años, un declamador. Sabemos que los antiguos eran muy dados a este tipo de declamación que se solía realzar con anécdotas y sentencias significativas. Tres siglos antes de nuestra era los griegos habían usado de ella, sobre todo los estoicos y los cínicos.

Lo que ocurre con estas últimas sátiras de nuestro poeta, es que su poder de observación se ha debilitado con la edad; también su carácter, se ha dulcificado; y el gobierno del mundo está en las manos del buen emperador Trajano —amigo de Plinio el Joven— o del letrado emperador Hadriano, aquel de la "animula, vagula, blandula":

"Aujourd'hui, vieux lion, je suis doux et traitable"

dice Boileau, que tanto ha imitado y copiado a Juvenal. "Viejo león, hoy en día ya soy dulce y tratable". Pero aún aquí, cada vez que Juvenal vuelve a contemplar la realidad, aunque sea en su forma histórica, el acento fuerte de sus primeras sátiras reaparece para cautivar al lector. Bastaría citar

el episodio de la caída de Sejano —el favorito de Tiberio— para corroborar este aserto. La fuerza de lo pintoresco, su maravilloso sentido del diálogo popular, ponen de manifiesto en forma elocuente la bajeza de un populacho, siempre dispuesto a quemar aquello que adoró la víspera.

Y ahora —señoras y señores— volvamos al punto de partida, a las coplas famosas y a su programa de captación de la realidad: del placer que buscamos y del dolor que encontramos, de la vida que se nos va y de la muerte que se nos viene: “cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte, cuán presto se va el placer, cómo después de acordado dá dolor”.

Estas son las esencias subyacentes en las cosas, en las apariencias que jamás engañan. La grandeza de una creación artística reside en la felicidad con que ha sabido captar la realidad, la que tenemos ante nuestros sentidos: usemos entonces nuestros propios ojos para observar, escuchemos con nuestros propios oídos, olizquemos con nuestras narices, toquemos con nuestra piel, gustemos con nuestros bastos o delicados, paladares, y si tenemos algún sexto sentido, empleémoslo también en la captación de las cosas que nos rodean. La realidad ha de ser el punto de partida, no el de llegada. Cabe recordar aquí, que el arte contemporáneo ha ahondado los horizontes de lo que llamamos *realidad*, que ya es mucho más complicada de lo que por ella entendía la escuela “realista”. Para los realistas de escuela, sólo era real una flor, por ejemplo; en tanto que para nosotros, es tan real la flor como el aire que la circunda; tan real nuestro cuerpo como el alma que le da vida; tan real la monotonía de nuestro vivir cotidiano, como el misterio que nos envuelve. De todas maneras, lo seguro es que el arte se hace con personas y cosas concretas y que es ésta la única manera de ser universales, porque lo que existe es el *hombre* y el hombre —todo el hombre— está dentro de cada cual; y si cada cual está caracterizado por su raza, su medio y sus circunstancias, es así, con todo ello, como debemos captarlo para el arte. ¡Que el alma dormida avive

el seso y despierte contemplando la vida que se nos muere, fugaz!; que se aplique en la contemplación del paisaje; de lo pasajero, sí, y no de las "ideas eternas" que nuestra pequeña alma —"animula, 'vagula, blandula"— concibe como inmortales. Que si lo son, también lo seremos nosotros, pero entonces tenemos nada menos que toda la eternidad para ocuparnos de ellas.

MIGUEL ALFREDO OLIVERA

